

CUATRO ASPECTOS DE LA POESIA INDIGENISTA

Daniel WOGAN

1) *El "buen salvaje"*.—El "buen salvaje" puede definirse, en la literatura, como un ser libre e indómito, cuya simple e inocente existencia se contrasta con la del hombre civilizado para negar o desacreditar los beneficios de la civilización. El buen salvaje es una figura poco común en la poesía mexicana, además de que los raros ejemplos que pueden citarse no se refieren concretamente al indio. La idea del buen salvaje es un concepto filosófico cuya validez sólo subsiste mientras no encuentra una aplicación concreta. Los poetas mexicanos, por razones sentimentales o patrióticas, suelen idealizar al indio, pero el indio sigue siendo, no obstante, uno de los fenómenos más familiares de la vida diaria mexicana, muy alejado del mundo abstracto habitado por el buen salvaje.

Uno de los pocos ejemplos auténticos de éste en la poesía mexicana se encuentra en una composición de Félix María Escalante, *El salvaje*, publicada en 1843. El salvaje de Escalante no es un indio, sino un ser imaginario que lleva una dichosa existencia en un desierto desconocido, libre de las tribulaciones del hombre civilizado:

Emblema de eterna bienandanza
es tu vivir; que del desierto dueño,
de la suerte no temes la mudanza
al despertar de tu tranquilo sueño.

.....

Halagas a tu hermosa compañera,
contemplando sus formas encantado,
y le das la alborada placentera
en su desnudo seno reclinado.

Tú no enfrenas tus férvidas pasiones;
libre es tu amor, cual del desierto el viento,
que para ti quitó las distinciones
quien dió la libertad al pensamiento.¹

El salvaje de Esteva y Ulíbarri, publicado un año más tarde que el poema de Escalante del mismo título, es un ejemplo casi perfecto del buen salvaje. Comparando la vida idílica de su salvaje imaginario con la del hombre civilizado, Esteva concluye que la civilización es una “amarga bebida”:

¡Cuánto envidia la libre existencia
que en los bosques disfruta el salvaje!
No se rinde a feroz vasallaje,
nunca el yugo su cuello dobló.

Como el águila audaz que en las nubes
se remonta en su curso violento,
libertad respirando en el viento
donde nunca oprimido gimió,

descansando en humilde cabaña,
la señal del combate percibe,
y se apresta, y al irse recibe
el dulcísimo beso de amor.

Tras lo cual el poeta describe cómo el dichoso salvaje va a la batalla y vence con toda felicidad a sus enemigos. Cargado con el botín, regresa a casa:

¿Quién su pecho a la gloria ha excitado?
Su ángel bueno, su dios... la mujer.

Vive libre, habitante del bosque;
se desliza en placeres su vida;
nunca prueba la amarga bebida
que se gusta en el mundo social.²

El poema de Guillermo Prieto, *Canto del salvaje*,³ habla del placer que debe de sentirse al portarse como “un salvaje” en el mundo de la sociedad moderna. Se acerca más a la idea un soneto de Heriberto Barrón titulado asimismo *El salvaje*. Este poema, publicado en 1885, parece ser el último y, poéticamente, el que trató con más fortuna el tema del buen salvaje en la poesía mexicana:

Sin escuchar de la ambición el grito,
sin el llanto fatal de los pesares,
libre, como el pirata entre los mares,
jamás un yugo le oprimió, maldito.

Él tiene en las montañas de granito
regios palacios y floridos lares,
y duerme bajo hermosos platanares
teniendo por techumbre el infinito.

Nunca el afán del mundo le desvela,
sonrisa de placer brilla en sus labios
al ver cumplido todo lo que anhela.

Muere por fin, y su alma sin agravios
a la misma región ufana vuela
a donde van los buenos y los sabios.⁴

2) *El indio antifrances.*—Después de conquistar México su independencia, nuevos enemigos de su nacionalidad sustituyeron a los españoles, hasta entonces los únicos execrados en los poemas patrióticos. En 1838 la flota francesa bombardeó el castillo de San Juan de Ulúa y obligó al puerto de Veracruz a rendirse. Además, un año antes, los Estados Unidos habían reconocido la independencia de Texas y el presidente Jackson, en su mensaje al Congreso, había afirmado que los Estados Unidos podían verse obligados a declarar la guerra a México. Rodríguez Galván escribió, en estas circunstancias, su célebre poema *La profecía de Guatimoc* (1839). En él la figura del heroico defensor de Tenochtitlán se evoca para expresar el recelo del poeta por el francés y, hasta cierto punto, por el imperialismo yanqui. El Cuauhtémoc de Rodríguez Galván, frente a estas nuevas amenazas a la independencia mexicana, perdona a sus antiguos enemigos los españoles, y llega a declarar que los mexicanos necesitan héroes como Cortés y Alvarado que los guíen contra el “pérfido extranjero”.

La Intervención francesa se inició en 1862. La presencia de los soldados de Napoleón III en tierra mexicana produjo, naturalmente, gran cantidad de poemas antifranceses, escritos algunos en un dialecto indo-español más o menos convencional; en ellos aparecía el indio como símbolo de un acrisolado patriotismo. El primero de esos poemas parece ser una pequeña composición anónima, titulada *Ūchili, a los traidores*, en la cual el indio exhorta a Napoleón a retirar sus tropas de México, añadiendo que ha nacido para cosas mejores que para ser colgado por el francés:

Güelve los ojos, don Bonaparte,
que para ahorcado no nací yo.⁵

Seguidillas, poema anónimo publicado en septiembre de 1862, incita a la “raza azteca” a levantarse contra el invasor y enfrentarse valientemente a las balas francesas:

De América los hijos,
raza de aztecas,
nunca para batirse
buscan trincheras;
con pecho al frente
resistirán las balas
de los franceses.⁶

El mariscal Forey, jefe francés que obligó a capitular a Puebla el 17 de mayo de 1863, es el blanco de pullas satíricas en un poema anónimo titulado *Glorias de Juan Pamuceno*.⁷ *Tema de la indita*, otra obra anónima en dialecto indo-español, se endereza también contra Forey:

¿Qué te cuenta Pamuceno?
¿Qué te dice to Virrey?
Dun Poleón te lo descola,
te lo deja catosté.
Pobrecito cuatro oreja,
archichintle del francés,
fuchi te hace el tata cura
e lus marqueses tambié.
Júyete pronto, Juan Pamuceno,
que te repuja tata Forey.⁸

El indito antifrancés desapareció de la poesía al retirarse las tropas francesas de tierra mexicana.

3) *Los pseudoaztecas*.—El género pseudoazteca en la poesía mexicana está mejor representado por *Las aztecas* de José Joaquín Pesado, colección de versos publicada en 1854. Estos poemas pretenden ser traducciones de antiguos cantos aztecas, o, como reza el subtítulo, “poesías tomadas de los antiguos cantares mexicanos”. Pesado no conocía las lenguas indígenas de México, y un indio amigo suyo, Faustino Chimalpopoca, quien se supone proporcionó al poeta traducciones literales del náhuatl, declaró que los versos de Pesado “nada tenían que ver con el texto que él le había dado”. Los “aztecas” presentados por Pesado no son indios, sino graciosos caballeros cristianos (algunas veces damas) del siglo XIX, muy amigos

de dar sanos consejos. Algunas líneas del poema titulado *Consejos de un padre a una hija* bastarán como ejemplo:

Hija, preciosa como grano de oro,
de amor rico tesoro;
bella como la luna en noche fría,
o como estrella que precede al día;
graciosa como cándida paloma
cuando serena por el cielo asoma;
no suena en la espesura
la ave con tal dulzura,
hija, retrato de tu hermosa madre,
como tu voz al corazón de un padre.⁹

Como el padre azteca, la madre azteca de Pesado es toda dulzura y luz. Los *Consejos de una madre a su hija al tiempo de casarla* tocan la misma nota de idealismo y resignación cristiana que los *Consejos de un padre*. El efecto es igualmente absurdo:

Ahora que herida de dolor me toca
llorar tu ausencia fiera,
escucha los consejos que mi boca
te da, la vez postrera:
.....
Nunca amor extraviado y delincuente
tu corazón mancille;
en tus humildes ojos y tu frente
siempre el recato brille.¹⁰

Pesado es el principal cultivador de la poesía pseudo-azteca en México. Sin embargo, los cantos de amor "azteca" de Ramírez Aparicio¹¹ y Sebastián Segura¹² son buenos ejemplos del mismo género, como lo es también un poema anónimo titulado *Cantar azteca*,¹³ que data de 1883. Aparte del uso ocasional de aztequismos, nada hay característicamente indígena en estos poemas. Son semejantes a esos cantos de amor indios o moros tan populares alguna vez en lengua inglesa. *El cantorcillo azteca* de Sebastián Segura es típico de este género:

Recoge con presura
las blancas redes de ixtle,
que ya viene el chahuistle
cubriendo el Tepeyac.

DANIEL WOGAN

Prepara, linda Xóchitl,
 los cándidos tamales;
 no temas los nahuales
 que el aire ves cruzar.

Después de que gustemos
 las perlas del helote
 y el dulce texocote,
 iremos al teocal.

Allí, mullido el lecho
 te formaré con pastle,
 y al son del teponastle
 mi amor te arrullará.

El anónimo *Cantar azteca* es todavía más romántico en el tono; su tema son las recomendaciones de un moribundo a su amada:

Te encargo, dulce bien, que cuando muera,
 me sepultes en esta choza umbría,
 en el lugar do enciendes viva hoguera
 para cocer el pan de cada día.
 Si al recordarme, alguno sorprendiera
 tu oculto padecer ¡oh amada mía!
 dile que el humo de las verdes ramas
 hace brotar el llanto que derramas.

En esta categoría de poesía pseudoazteca pueden incluirse también las traducciones o paráfrasis de los poemas de Netzahualcóyotl por Alva Ixtlilxóchitl,¹⁴ Pesado,¹⁵ Juan de Dios Villalón¹⁶ y un poeta sin identificar que firma con las iniciales E. M. O.¹⁷

4) *El "ubi sunt"*.—México es un paraíso arqueológico, y las ruinas de Mitla, Chichén Itzá, Palenque, Cholula, Xochicalco, Uxmal y Tepeaca han inspirado a los poetas para meditar en los desaparecidos constructores de esos grandiosos monumentos.

El investigador esperaría encontrar, en los poemas mexicanos que tratan de las ruinas indias, alguna influencia de la célebre composición de José María Heredia, *En el teocalli de Cholula*, escrita en México en 1820 y bien conocida en este país; sin embargo, no parece haber ejercido una influencia directa en los poemas mexicanos basados en temas simi-

lares. El de Heredia, que insiste en la “vil superstición y tiranía” de los antiguos aztecas, es notoriamente antiindio, actitud que los patriotas mexicanos no podían adoptar. No obstante, el marco general de la composición de Heredia —el motivo *ubi sunt* y la evocación del fasto de la antigua vida indígena— están más o menos presentes en todos los poemas mexicanos cuyo motivo central son las ruinas indias.

El *ubi sunt* encuentra su más viva expresión en el nutrido ciclo de poemas inspirados por el bosque de Chapultepec, finca campestre y coto de caza de los antiguos reyes aztecas. Los poemas de Chapultepec evocan nostálgicamente los espectros de los monarcas indios e intentan recrear la vida de los nobles entre las frescas sombras y fuentes del bosque de ahuehuetes. A Moctezuma, figura central de estos poemas, se le pinta casi siempre como un monarca sensual, que goza de la compañía de innumerables y bellas concubinas en medio de un escenario de esplendor oriental. Luis de la Rosa, en su artículo “El bosque de Chapultepec”, publicado en 1846, fué el primero que descubrió las posibilidades románticas del tema de Moctezuma y sus concubinas, y también de Cortés y la Malinche, solazándose en el bosque de Chapultepec:

¡Sólo tú, bosque grandioso, has sobrevivido a tanta devastación y a tantas ruinas! Tú embelleces todavía con tu frondosidad, con tu verdor y con tus sombras ese sitio de tantos recuerdos, tan silencioso y lleno de misterios. Todavía en tu recinto se levantan excelsos, robustos y lozanos aquellos ahuehuetes bajo cuya sombra reposó Cortés y la hechicera Malintzin, Moctezuma y sus concubinas, y sus guerreros valerosos. Todavía esos árboles gigantes cubren con su ramaje la alberca en que se bañaron tantas hermosas indias de aquel sultán; y se oye aún, junto a esa alberca, aquel mismo murmullo que adormecía a los príncipes de Anáhuac cuando reposaban en el regazo de sus queridas, después de una victoria.¹⁸

Aquí, claramente expuesto, había un tema apropiado para la pluma de los poetas románticos. Y éstos no desaprovecharon la oportunidad. El artículo de Luis de la Rosa inspiró el poema *En el bosque de Chapultepec* de O. D. Pérez, que se publicó ese mismo año:

¿En dónde, en dónde los guerreros se hallan
que en tu recinto a disfrutar ventan
dulce descanso de la cruda guerra
tras las fatigas?

¿Y qué se hicieron los potentes reyes
que en tu perenne manantial de linfas
puras, los bellos y a la par robustos
miembros hundían?

¿En dónde ocultan los morenos rostros
tanta belleza de amorosa risa,
que recostados en tu verde alfombra
visteis un día? 19

Félix María Escalante fué el siguiente poeta romántico que evocó la visión del harem de Moctezuma. Aparece una nueva nota en la pregunta del poeta sobre si habrán conturbado a Moctezuma los amores de la Malinche y Cortés:

Millares de bellezas, concubinas apreciadas
del rey de los aztecas, danzaban con primor;
sus formas de amazona, con plumas adornadas,
ingenuas ostentaban, ajenas de pudor.

De cristalina alberca, donde sus miembros bellos
quebraban al moverse la superficie igual,
por donde resbalando sus límpidos cabellos
de sus miembros a veces semejaban cendal,

después de activa danza que al sol de medio día
ejecutaban ellas con arte seductor,
a las tranquilas aguas, bajo arboleda umbría,
se arrojaban buscando frescura a su calor.

.....

¿Tu sombra, Moctezuma, en la noche callada
conturba de este bosque la augusta soledad,
buscando en sus albercas la imagen retratada
de alguna favorita indígena beldad?

Díme: ¿tu regia sombra contempló estremecida,
cual se estremece el cedro que el huracán dobló,
las caricias sensuales, la dicha apetecida,
que Malintzin hermosa a Hernando prodigó? 20

Ningún poeta mexicano llegó a los extremos de idealización romántica alcanzada por Ramón Castañeda en su romance *En el bosque de Chapultepec*, evocación del harem oriental de Moctezuma y de las huríes ojinegras que lo poblaban:

Sus mismos ramos sombrearon
las mexicanas beldades,
aquéllas de hermosas formas

cual todas de estos lugares,
 aquéllas de negro pelo,
 largo, sedoso, abundante,
 aquéllas de negros ojos,
 de miradas incitantes,
 aquellas que en sus canciones
 aquí decían sus pesares,
 o como libres palomas
 entre rosas y plumajes,
 de sus amores ardientes
 entonaban sus cantares.²¹

Entre los poetas mexicanos que han explotado el tema de Chapultepec en esta vena romántica se encuentran Emilio Rey,²² Roa Bárcena,²³ Juan de Dios Peza,²⁴ Luis G. Ortiz,²⁵ José María Bustillos,²⁶ Josefina Pérez de García Torres,²⁷ Francisco García Ramos,²⁸ y Pérez Salazar y Osorio.²⁹

NOTAS

- 1 *El Siglo XIX*, 4 de enero de 1843, p. 3.
- 2 *El Museo Mexicano*, II, 1844, p. 134.
- 3 *El Mosaico Mexicano*, VII, 1842, pp. 590-591.
- 4 *El Liceo Mexicano*, I, 1885, p. 13.
- 5 *El Palo Ciego*, viernes 22 de agosto de 1862, p. 4.
- 6 *La Cuchara*, XII, 1862 (septiembre 25), p. 3.
- 7 Rubén M. CAMPOS, *El folklore literario de México*, México, 1929, pp. 134-136.
- 8 *Ibid.*, pp. 130-132.
- 9 José Joaquín PESADO, *Las aztecas. Poesías tomadas de los antiguos cantares mexicanos*, México, 1854, pp. 9-11.
- 10 *Ibid.*, pp. 16-17.
- 11 *Amor azteca*, en sus *Cantos patrióticos y amorosos*, México, 1861, pp. 138-141.
- 12 *El cantorcillo azteca*, en sus *Poemas*, México, 1872, p. 109.
- 13 *El Tiempo*, I, 1883, p. 182.
- 14 *Lamentaciones de Nezahualcóyotl*, en Antonio PEÑAFIEL, *Colección de documentos para la historia de México*, 1897, pp. 26-32.
- 15 *El canto de Nezahualcóyotl*, en *El Tiempo*, I, 1883, p. 110.
- 16 *El canto de Nezahualcóyotl*, en *El Mundo Literario Ilustrado*, I, 1891, pp. 7-8.
- 17 *Canto de Nezahualcóyotl*, en el *Ensayo literario*, México, 1838, p. 162.
- 18 *Revista Científica y Literaria*, II, 1846, p. 18.
- 19 *Ibid.*, p. 210.
- 20 *La Ilustración Mexicana*, I, 1851, pp. 563-564.

- 21 *El Liceo Mexicano*, I, 1886, p. 100.
- 22 *En Chapultepec*, en sus *Poesías*, México, 1863, pp. 151-152.
- 23 *Chapultepec*, en *El Parnaso mexicano*, México, 1883, pp. 64-66.
- 24 *En Chapultepec*, poema de *Las glorias de México: Musa épica*, Buenos Aires-México-Habana, 1893, pp. 262-265.
- 25 *En el bosque de Chapultepec*, poema publicado en *El Renacimiento*, III, 1894, p. 257.
- 26 *En Chapultepec*, poema incluido en sus *Versos*, Toluca, 1900, pp. 164-165.
- 27 *Chapultepec*, en sus *Poesías*, México, 1901, vol. II, pp. 20-29.
- 28 *Chapultepec*, en *Flores de invierno*, México, 1905, pp. 156-166.
- 29 *Chapultepec*, en *Troqueles antiguos*, México, 1908, p. 71.